Ya no me extraña hoy porque nuestros judíos no se parecen en nada á los judíos africanos.

En Bu-Saada se les ve acurrucados en inmundos cubiles reventando de gordos, sórdidos y acechando al árabe como la araña acecha la mosca. Le llaman, procuran prestarle cinco francos á cambio de una letra ó de un pagaré. La víctima comprende el peligro, vacila, no quiere. Pero el deseo de beber y otros deseos, le incitan. ¡Cinco francos representan para él tantos goces!

Cede al cabo, toma la moneda de plata y firma el grasiento papel.

Al cabo de tres meses deberá diez francos, ciento al año, doscientos á los tres años. Entonces el judío hace vender su hacienda si tiene, si no su caballo, su camello, su borrico, lo que tenga.

Los jefes, caids, aghas ó bach-aghas, caen también entre las uñas de esas aves de rapiña, que son el azote, la llaga siempre abierta de nuestra colonia, el gran obstáculo para la civilización y el bienestar del árabe.

Cuando una columna francesa va á saquear á alguna tribu rebelde, una nube de judíos la sigue, comprando á vil precio el botín que vuelven á vender á los árabes una vez que se han ido nuestros soldados.

Si se cogen, por ejemplo, seis mil carneros en una comarca, ¿qué hacer de estas reses? ¿Llevarlas á las ciudades? Morirían por el camino, pues no habría medio de alimentarlas ni darles de comer durante los dos ó tres kilómetros de tierra estéril que hay que atravesar. Además, sería preciso, para llevar y vigilar tal rebaño, doble número de tropas del que forma la columna.

¿Matarlas? ¡Qué matanza y qué pérdida! Los judíos están pidiendo comprar por dos francos carneros que valen veinte. El Tesoro ganará doce mil francos. Se venden.

Ocho días después, los primeros propietarios rescatan á tres francos por cabeza los carneros. La venganza francesa no resulta muy cara.

El judío es el dueño de todo el sur de Argelia. Efectivamente, no hay árabe que no tenga una deuda, pues el árabe no devuelve nunca el dinero. Prefiere renovar su letra al ciento ó al doscientos por ciento. Se cree salvado cuando gana tiempo. Sería preciso una ley especial para modificar situación tan deplorable.

El judío, en todo el sur, únicamente se dedica á la usura por todos los medios más desleales que es posible imaginar. Los verdaderos comerciantes son

los mozabitas. Cuando se llega á una aldea cualquiera del Sahara se advierte en seguida que unos hombres de raza distinta han acaparado los negocios del país. Suyas son las tiendas; reciben y venden las mercancías de Europa y las de la industria local; son inteligentes, activos comerciantes en el fondo de su alma. Son los benimzab ó mozabitas. Se les llama los «judíos del desierto.»

El árabe, el verdadero árabe, aquel para quien todo trabajo es deshonroso, desprecia al mozabita comerciante, pero en épocas fijas se provee en su almacén; le confía los objetos preciosos que no puede guardar en su vida errante. Una especie de pacto constante se establece entre ellos.

Los mozabitas han acaparado, pues, todo el comercio del Africa del Norte. Se les encuentra, no sólo en las ciudades, sino también en las aldeas del Sahara. Una vez han hecho fortuna, vuelven al Mzab, donde debe someterse á una especie de purificación antes de volver á entrar en posesión de sus derechos políticos.

Estos árabes, que se reconocen á primera vista por su talla, pues son más pequeños y robustos que los demás pueblos, por su rostro muy á menudo achatado y ancho, por sus gruesos labios y por sus

ojos generalmente hundidos bajo unas cejas rectas y muy espesas, son cismáticos musulmanes. Pertenecen á una de las tres sectas disidentes del Africa del Norte, y según ciertos sabios son los descendientes de los últimos sectarios del Kahredjisimo. La comarca en que habitan estos hombres es quizás la más rara que existe en Africa.

Sus padres arrojados de Siria por las armas del Profeta fueron á habitar al Djebel-Nefussa, al oeste de Trípoli de Berbería. Pero rechazados sucesivamente de todas partes á causa de su inteligencia y de su industria, sospechosos también á causa de su heterodoxia, se detuvieron por fin en la comarca más árida, más abrasadora y más terrible de todas. Se la llama en árabe Hammade (la cálida) y Chebka (la red) porque parece á una inmensa red de rocas y peñascos negros.

El país de los mozabitas está situado á unos ciento cincuenta kilómetros de Laghuat.

He aquí lo que el comandante Coyne, el hombre que conoce mejor todo el sur de Argelia, describe su llegada al Mzab en un libro de los más interesantes:

«Casi al centro de la Chebka se halla una especie de circo formado por un cinturón de rocas calcá-

reas muy escarpadas por la cara interior. Está abierto al noroeste y al sudoeste por dos trincheras que dejan pasar el Ued-Mzab. Este circo, que tiene cerca de dieciocho kilómetros de largo por dos de ancho, encierra cinco de las ciudades de la confederación del Mzab y los terrenos que cultivan únicamente como jardines los habitantes de este valle.

Visto del exterior por el norte y el este, este cinturón roqueño ofrece el aspecto de una aglomeración de peñascos superpuestos sin orden ni concierto. Diríase que es una inmensa necrópolis árabe. La misma naturaleza parece muerta. No hay ni sombra de vegetación donde descansar la mirada. Las mismas aves de rapiña parecen huir de esas regiones desoladas. Unicamente los rayos de un sol implacable se reflejan sobre los muros de roca, de un blanco grisáceo y producen con sus sombras fantásticos dibujos.

»Se comprende, pues, la admiración y el entusiasmo del viajero, cuando llegado á la carena de aquella línea de rocas descubre en el interior del circo cinco ciudades populosas rodeadas de jardines de una vegetación lujuriosa destacándose con su color verde obscuro del fondo rojizo del cauce del Ued-Mzab.

»En torno de él el desierto desolado, la muerte; á sus pies la vida y las pruebas evidentes de una civilización adelantada».

El Mzab es una república, ó, mejor dicho, una agrupación comunal por el estilo de la que trataron de establecer los revolucionarios parisinos en 1871.

En el Mzab nadie tiene el derecho de permanecer inactivo, y el niño, desde que puede andar y llevar algo, ayuda á su padre á regar los jardines, lo cual forma la constante y mayor ocupación de los habitantes. Desde la mañana á la noche el mulo ó el camello saca agua con el cubo de cuero que en seguida se vierte en un reguero ingeniosamente construído de modo que no se pierda ni una gota del precioso líquido. Los mozabitas han construído gran número de presas para almacenar el agua de las lluvias. Están mucho más adelantados, pues, que los argelinos.

¡La lluvia! Es la dicha, el bienestar asegurado, la cosecha salvada para el mozabita; así es que apenas cae, se apodera una especie de locura de los habitantes. Salen á la calle, disparan sus armas, cantan, corren á los jardines, al río que de nuevo lleva agua, y á los diques de cuya conservación cuidan todos los ciudadanos. Cuando una de las presas amenaza ruina todos deben acudir á ella.

Aquellas gentes, por su trabajo constante, su industria y su prudencia, han hecho de la parte más desolada del Sahara un país fértil, cultivado, donde siete ciudades prósperas viven fecundadas por el sol que en otras partes mata.

Se comprende que el mozabita esté celoso de su patria y que prohiba en lo posible la entrada á los europeos. En algunas ciudades, como Beni-Isguem, ningún extranjero puede dormir ni una noche siquiera.

La policía la ejercen todos los ciudadanos. Nadie se niega á prestar su concurso en caso de necesidad. En aquel país no hay pobres ni mendigos. Los necesitados son socorridos por sus parientes.

Casi todos saben leer y escribir. Por todas partes se ven escuelas, edificios comunales de gran valor. Muchos mozabitas, después de pasar algún tiempo en nuestras ciudades, vuelven á su tierra sabiendo el francés, el italiano y el español.

El libro del comandante Coyne contiene acerca de este curioso pueblo un número infinito de sorprendentes detalles.

En Bu-Saada como en todos los oasis y ciudades, los mozabitas son los que hacen el comercio, los cambios, tienen almacenes de toda clase de mercancías, y se entregan á todas las profesiones.

Después de pasar cuatro días en Bu-Saada, volví hacia la costa.

Las montañas que se encuentran dirigiéndose al litoral tienen un aspecto raro.

Parecen monstruosos castillos fuertes que tuvieran muchos kilómetros de almenas. Son regulares, cuadradas, cortadas de un modo geométrico. La más alta es plana y parece inaccesible. Su forma ha hecho que la llamaran «El Billar». Poco antes de mi llegada, dos oficiales subieron á ella por vez primera. En la cumbre encontraron dos enormes cisternas romanas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO